

PRACTICA
PARA
Recorrer el Camino de la Cruz.

HECHO el acto de contrición, se reza un "Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri:" en seguida se hace un acto de adoración al Señor, y se dice:

V. Adorámote y bendecímoste, amable Redentor y Salvador mio.

R. Que sufriendo el doloroso suplicio de la Cruz, redimiste al mundo.

Despues se reza la estacion respectiva, repitiendo en cada una de ellas esto mismo.

✠
PRIMERA ESTACION.

Esta primera estacion nos recuerda á Nuestro Salvador en la casa de Pilatos,

donde despues de ser inhumanamente azotado, escarnecido y coronado de espinas, fué por último sentenciado á muerte. Medítese.

En seguida se reza "Padre Nuestro, Ave María, y Gloria Patri," h se ofrece con la siguiente

ORACION.

El Hijo de David, que tiene en sus manos la suerte de las naciones, y á quien obedecen con respeto los cielos, la tierra y los abismos, ¿se somete por mi amor á la sentencia de una muerte infamante? Tú, Señor, no quieres que se aparte de tus labios el cáliz de la amargura: tú pides á tu Padre celestial que se haga su voluntad; por eso no rehusas, no te quejas al escuchar el fallo execrable que el crimen ha lanzado contra tí, que eres la inocencia misma. ¡Qué ejemplo tan sublime de amor á nosotros y de sumision á la voluntad del Altísimo! Haz, Señor, que yo siga tus

huellas adorables, y de tal suerte mi vida esté ajustada á tus mandamientos, que prefiera la muerte antes que ofenderte y hacerme indigno de alabarte eternamente en el cielo. Amen.

AL IR A CADA UNA DE LAS ESTACIONES:

*Pequé, Señor, ten misericordia de mí:
ten misericordia de mí.*



SEGUNDA ESTACION.

SE PRACTICA COMO EN LA ANTERIOR Y LO MISMO EN LAS DEMAS.

Esta segunda estacion nos recuerda á nuestro Salvador en el momento en que los judíos le colocan sobre sus hombros, ya despedazados, la pesada cruz en que va á consumarse el sacrificio. Medítese y hágase como en la anterior.

ORACION.

El Hijo querido del Eterno Padre,

aquel á quien han sido dadas por herencia todas las naciones, y empuña en sus manos el cetro del universo, ¿tan solo porque me ama acepta sobre sus hombros ensangrentados y doloridos, el pesado é ignominioso madero en que va á ser sacrificado? ¿No busca en su derredor como Isaac la víctima que ha de sacrificarse sobre la leña que lleva sobre sus hombros? ¿No pregunta á su padre dónde está esa víctima? Tú lo sabes bien, Señor, tú eres la hostia santa, la hostia pura que va á ofrecerse en holocausto; y cuando te veo partir así á la muerte por mí, ¿no tomo sobre mis hombros el dulce yugo de tu ley? ¿no hago aún penitencia para expiar mis crímenes como tú cargaste con mis iniquidades para satisfacer por mí y desagraviar á tu Padre celestial? Dame, Señor, un espíritu de verdadera penitencia; asísteme con tu gracia para aceptar gustoso todas las tribulaciones en satisfaccion de mis culpas, y para que aceptando la

cruz de mis deberes, cumpliendo con ellos y siguiendo tus pasos, merezca ser contado en el número de tus discípulos en la tierra para ir despues á bendecirte en el cielo. Amen.



TERCERA ESTACION.

Esta tercera estacion nos recuerda á nuestro Salvador en el momento en que emprendiendo su penoso camino hácia el Calvario, cae abrumado por el dolor, bajo el terrible peso de la cruz. Medítese.

ORACION.

El dulce Hijo de María, aquel que con solo su voluntad sostiene al universo, ¿cae humillado bajo el duro peso de la cruz porque yo me levante del fango en que me han sumergido mis iniquidades? ¡Ah! ya no demoraré mas tiempo, Salvador mio, mi conversion hácia tí; asísteme con tu gracia para no caer en los lazos que el in-

fierno arroja á mis piés para perderme, sino que firme en la FE, en la ESPERANZA, en la CARIDAD y dedicado á tu servicio, me eleve al cielo por tu medio para alabarte eternamente. Amen.



CUARTA ESTACION.

Esta cuarta estacion nos recuerda el doloroso instante en que Nuestro Salvador encuentra á su dulce Madre, que inmóvil por el sufrimiento, contempla llena de amargura, cargado con la cruz y desfigurado con los tormentos, al Hijo querido de sus entrañas. Medítese.

ORACION.

¿Es este, ¡oh dulce Madre mial tu Hijo, el mas hermoso de los nacidos? ¿Es el que con solo estender su mano sanaba á los leprosos, curaba á los ciegos y resucitaba á los muertos?.... ¿reconoces en ese

rostro nublado con sangre los rasgos hermosos del rostro resplandeciente de tu Hijo? ¿lanzan sus ojos los dulces destellos de otros dias? ¡Ah! solo mis iniquidades han podido reducirlo á ese extremo tan deplorable. Por mí se ha hecho el ludibrio de sus enemigos, el oprobio de los hombres. Me pesan, Señora, tus tormentos y los de mi Salvador, y desde hoy no me apartaré de tí para llorar á tus piés los extravíos con que he ofendido á la Magestad inmensa, y que te han reducido á un dolor que no puede compararse á otro dolor.



QUINTA ESTACION.

Esta quinta estacion nos recuerda el momento en que viendo los judíos á Nuestro Salvador próximo á sucumbir muriendo bajo el peso de la cruz, y recelosos de que no pudiese llegar al Calvario, hicie-

ron que Simon Sirineo le ayudase á llevarla para lograr así que llegara al lugar designado para el sacrificio. Medítese.

ORACION.

Cuando te veo, Señor, próximo á sucumbir bajo el peso de la cruz, y te contemplo resignado á la voluntad de tu Padre celestial, ¿arrojaré de mis hombros la cruz de mi estado, temeroso de las tribulaciones y angustias que me cercan en él? ¡Oh! líbrame de añadir esta ofensa mas á las que te infiero constantemente. Auxíliame para sufrir resignado los pesares y dificultades que encuentre sobre la tierra, y haz que firme en el cumplimiento de mis obligaciones, marche asido de tu cruz hasta el sepulcro para hacerme digno del lugar que tienes preparado en el cielo á tus escogidos. Amen.



SEXTA ESTACION.

Esta sexta estacion nos recuerda el mo-

mento en que estando el rostro de Nuestro Salvador oscurecido por el polvo y por la sangre que fluía á torrentes de sus heridas, la Verónica, conmovida, se acerca y lo limpia con las tocas de su cabeza, quedando impreso en ellas ese rostro celestial. Medítese.

ORACION.

¿Qué significa, Señor, ese nuevo rasgo de tu bondad? Es el hombre digno de que le confíes ese recuerdo de tu imágen sacrosanta en los momentos que descarga sobre tí todo el exceso de su ingratitud? No, no merece tal prenda de amor quien así te desconoce y te olvida; pero puesto que llevas tu afecto hasta ese extremo, grava en mi alma el recuerdo de tu ternura y de tu misericordia, para que alentado por él, prefiera la muerte primero que dejar de amarte. Amen.



SETIMA ESTACION.

Esta sétima estacion nos recuerda la segunda vez que Nuestro Salvador cae abrumado por la cruz, al pasar la puerta judiciaria de Jerusalem. Medítese.

ORACION.

¡Amable Salvador mío! una segunda caída bajo el terrible peso que ha abierto profundas llagas sobre tus hombros, no es bastante para llenar el colmo de tus deseos por rescatarme de la muerte; aun te esfuerzas para continuar tu penoso camino al patíbulo que va á levantarse para tí. Me pesa, Señor, agravar así con mis culpas el doloroso sacrificio que has aceptado, y te ruego me auxilies con tu gracia para no reincidir en los delitos con que en la penitencia he hecho propósito de no volver á ofenderte. Amen.



OCTAVA ESTACION.

Esta octava estacion nos recuerda el momento en que llegando á los oidos de Nuestro Salvador los dolorosos gemidos de las mujeres que le seguian compadecidas de él, les dice volviéndose hácia ellas: 'Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí: llorad mas bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque vendrá tiempo en que se diga: Bienaventuradas las estériles y bienaventurados los vientres que no engendraron, y los pechos que no dieron de mamar... Porque si con el leño verde se hace esto, ¿que se hará con el seco....? (*San Lucas*) Medítese.

ORACION.

Si la inocencia misma; si el Santo de los santos que no ha hecho otra cosa que salvar á la humanidad, ha sido tan bárbaramente tratado por aquellos que han

recibido de sus manos todos los bienes, ¿qué hará el Padre celestial con los verdugos de su Hijo tan querido? ¿qué conmigo, que no he cesado de ofenderte todos los dias....? ¡Oh Salvador mío! ten misericordia de mí; infunde en mi alma un verdadero dolor por mis extravíos; no permitas que muera sin haber llorado amargamente mis pecados, y sin recibir los sacramentos que estableciste para libertarme del fuego eterno á que tu justicia condena á los que tienen la desgracia de morir en la impenitencia. Amen.



NOVENA ESTACION.

Esta novena estacion nos recuerda á Nuestro Salvador cuando por tercera vez sucumbiendo al peso de la cruz, cae hasta tocar la tierra con sus labios y su frente celestial. Medítese.

ORACION.

Otra vez mas, ¡oh amable Redentor mió! te miro humillado sobre la tierra tan solo porque me amas, y porque nada esquivas para salvarme. ¡Y yo no he humillado el orgullo de mi alma, y me impaciento cuando la mas leve dificultad se opone á los deseos insensatos de mi corazón? ¡Qué lección tan sublime para no abatirme en el seno de las adversidades! Haz, Señor, que esté grabada constantemente en mi corazón, para que teniéndote siempre presente, practique los actos de humildad y mansedumbre que me has enseñado, y pueda merecer estar contigo eternamente en el cielo. Amen.



DECIMA ESTACION.

Esta décima estacion nos recuerda á Nuestro Salvador en los dolorosos momentos en que habiendo llegado al Calvario,

los judios lo despojan de sus vestidos y le dan á beber vino mezclado con hiel. Medítese.

ORACION.

El que extendió sobre nuestras cabezas ese brillante velo de los cielos, ¿yace ahora desnudo y expuesto á las sacrílegas miradas de un pueblo frenético? ¡Los labios que no han pronunciado mas que dulces y consoladoras doctrinas, solo tienen delante una copa que rebosa con la amargura de la hiel? A esto, solo ha podido conducirte tu anhelo por mi salud. ¿En obsequio pues, de quién sino solo de tí debo renunciar desde este instante las delicias y fúnestos placeres de la tierra? Sí, tú eredigno del sacrificio de nuestro corazón y á tí te se debe este holocausto con que desde ahora procuro desagraciarte para hacerme digno de participar contigo de la dulzura celestial que tienes reservada á los que te imitan. Amen.



UNDECIMA ESTACION.

Esta undécima estacion nos recuerda el instante terrible en que los golpes del martillo sobre los clavos que taladraban las manos de nuestro Salvador, despues que fué extendido sobre la cruz, hieren los oidos sensibles de la inmaculada María, que casi sucumbe en fuerza del profundo dolor con que era desgarrada su alma maternal. Medítese.

ORACION.

Amable Salvador mio; tú que tan solo porque me amaste hasta el extremo de ofrecerte á los mas crueles dolores por mí, dignate dirigirme una mirada de misericordia, y no permitas que mis manos y mis piés se muevan para cometer ninguna maldad y apartarse del sendero que me marcó tu amor para llegar á la patria celestial. Amen.



DUODECIMA ESTACION.

Esta duodécima estacion nos recuerda el momento en que siendo elevada la cruz con el cuerpo adorable de nuestro Salvador, los judíos le dejan caer rudamente en el lugar en que la fijaron para exponerlo á la vista de la soldadesca desenfrenada que lo insultaba. Medítese.

ORACION.

¡Adorable Salvador mio! Por fin se ha cumplido el mas grandioso y terrible sacrificio: rotos están ya, á costa de tu propia vida, los lazos que me ligaban con la muerte.

El bienhechor del mundo exhala su último suspiro en una cruz y es presentado á la faz del cielo y de la tierra, en medio de dos ladrones, porque el odio y la ingratitud nada han omitido para cubrirte de oprobio. ¡Oh! cuánto debiera yo deplorar

mis iniquidades que te han reducido á ese extremo! Haz, Señor, que las llore constantemente y que mi afecto esté consagrado á tí solo, para que al cerrarse mis ojos con el sueño de la muerte, pueda resucitar contigo é ir á alabarte eternamente en el cielo. Amen.



DECIMATERCERA ESTACION.

Esta décimatercera estacion nos recuerda el momento en que nuestro Salvador, fué bajado de la cruz por José y Nicodemus, que colocaron el sagrado cadáver en los maternales brazos de su Santísima Madre. Medítase.

ORACION.

Dulcísima María, solo faltaba al número incontable de tus tormentos, el de contemplar entre tus brazos el cadáver ensangrentado de tu querido Hijo; era la

única amarga gota que te quedaba que apurar del cáliz del dolor, ¡Ahl nunca otra madre ha sufrido como tú; no existe sobre la tierra otra madre á quien el infortunio haya hecho sentir mas rudamente todo su peso. Tu Hijo ha devuelto su hijo á la viuda de Naim, y arrancó á las manos de la muerte á la hija de Jairo, como sacó á Lázaro del sepulcro; y nadie te devuelve á tí al Hijo querido de tus entrañas. Tu dolor no es comparable á ningun otro dolor; así has cooperado con mi Salvador á la redencion. Y qué, augusta Madre mia, ¿tus lágrimas dolientes serán estériles para mí? ¿de tal manera me obstinaré en mi iniquidad que haga infructuosos tus sufrimientos? ¡Oh, no! antes quiero morir que ser mas tiempo ingrato á cuanto tu Divino Hijo y tú sufrieron por mi salud. Jamas volveré á apartarme de tu lado: contigo quiero unirme tan estrechamente, que en el último instante de mi vida mi espíritu no sea indigno de que lo recibas en tus manos ma-

ternales para que por ellas sca presentado ante el trono de tu Hijo Santísimo. Amen



DECIMACUARTA ESTACION.

Esta décimacuarta estacion nos recuerda el amargo momento en que la castísima y augusta María, dejando á su querido Hijo colocado en el sepulcro, cedido por la caridad al dueño de la creacion, se aleja para llorar en la soledad.

Se ofrece el ejercicio y esta estacion con la siguiente

ORACION.

Las aves tienen sus nidos, las raposas sus grutas, y el Hijo del Altísimo no tenía donde reclinar su cabeza! Los grandes fabrican suntuosos sepulcros para ellos y sus familias; y tú, Divino Salvador mio, tú que eres dueño de cuanto existe, no tienes sepultura si la caridad de un amigo

no la cede para tí? ¡Ah! tú has elegido mi alma para morar en ella mientras vivo sobre la tierra, para sostenerme cuando estoy débil, para curarme si estoy enfermo, para darme la vida cuando venga la muerte sobre mí: y yo qué he hecho mil veces sino convertir mi corazón en guarida espantosa de todos los desórdenes y de todos los vicios? ¡Oh! bien he merecido mil veces sucumbir en medio de mis excesos; pero tú llevas tu ternura y tu caridad al extremo de sufrir hasta el último instante de la vida todos los horrores de la miseria, y todavía después de exhalar tu último aliento no tiene tu cadáver despedazado un sepulcro donde reposen sus huesos ensangrentados! Todo esto para enseñarme el desprendimiento de mí mismo y para demostrarme que tu amor hacia mí no es quiva ningún sacrificio, ni vacila ante ninguna humillacion. Y tú, Madre inconsolable, que ves sepultarse entre las tristes sombras del sepulcro al Hijo único, al hi-

jo querido de tu alma virginal, ¿adónde partes desolada? ¿adónde se dirigirán tus pasos sin que tus ojos celestiales no encuentren los dolorosos vestigios, las huellas sangrientas de tu Hijo? ¿quién hay en tu derredor que baste á reemplazar el dulce objeto que falta de tu lado? El cielo ha descargado sobre tí todo el peso de su indignacion, pero sufres sin murmurar, tus gemidos no son otra cosa que la expresion dolorosa de una madre sensible, y no el eco de la reconvencion ni del orgullo humillado. No, tú respetas los decretos del Padre celestial y aceptas sin vacilar los dolores que desgarran tu corazon mas puro, mas casto, mas sencillo que el corazon de los corderos y de las palomas. Sin embargo, yo sé bien que endulzan tu angustia las lágrimas del que arrepentido viene á tí para pedirte que aceptes el sacrificio de sus pasiones, de sus placeres y hasta su vida misma en testimonio de su pesar por ser la causa de la muerte de tu Hijo. Pues

bien, amable Madre mia, no pasan las ofensas con que he agraviado á mi Redentor y que son el motivo principal de tus lágrimas. Yo te ruego recibas este ejercicio que he practicado en recuerdo de la pasion de Jesus, como un obsequio de mi afecto, que deseo aumentes mas y mas, para que venga sobre mí el remedio de las necesidades que me cercan, principalmente de las que angustian mi alma, que desde este instante se consagra á tu Hijo y á tí ansiosa de ir á alabarte en el cielo. Amen.

